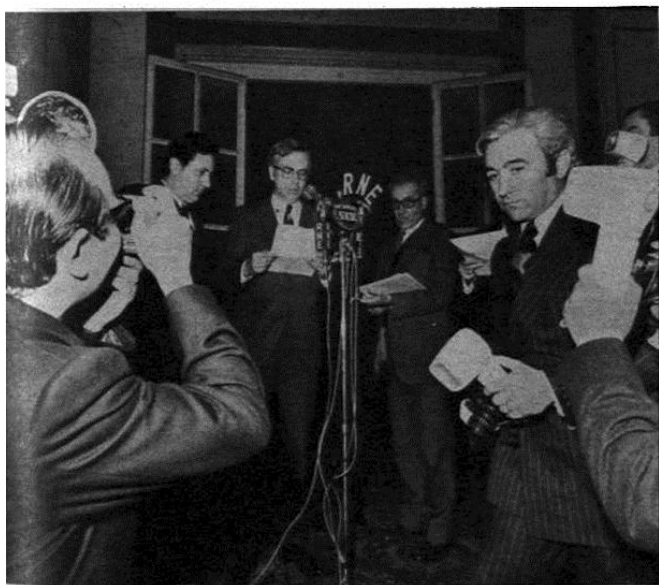


III PREMI JOSEP PLA.— "TESTAMENT A PRAGA" DE TOMAS I TERESA PAMIES, Y OTROS LIBROS. "UNDERGROUND" DE GUILLEM VILADOT, FINALISTA



Josep Maria Espinàs leyendo el veredicto del Premi Josep Pla 1970.

Baltasar Porcel

¿Ejercerá el Premio Josep Pla en la literatura catalana de hoy una función renovadora? Es quizá demasiado pronto para afirmarlo, pero todos los indicios —los tres libros hasta hoy premiados— parecen confirmarlo. El premio, al aceptar taxativamente

en sus bases la máxima variedad de prosa de creación, desde memorias a novelas, pasando por libros de viajes o retratos literarios —el modelo es la múltiple y densa obra del propio Josep Pla—, abre ya un amplio margen de posibilidades. Han sido después la casualidad o los propósitos del jurado lo que ha determinado que, en unos años teóricamente de crisis de la literatura catalana, el Premio Josep Pla haya venido siendo sinónimo de apertura, de renovación: «Testament a Praga», de Tomás i Teresa Pàmies, es un libro con un grado de novedad tan personal como pudieron serlo en su día «Onades sobre una roca deserta» o «Difunts sota els ametllers en flor», los anteriores premios.

Para mí, resulta convencionalmente embarazoso, al intentar definir la línea del Premio Josep Pla, tener que hablar de mí mismo, ganador el año pasado. Pero mis compañeros de jurado —Espinàs, Feruchó, Serrahima y Teixidor— me pasaron el encargo de redactar este artículo, en mi calidad de secretario y de recién incorporado al grupo. Por lo demás, ya dije que mi embarazo es convencional: en entrevistas para la prensa, en conversaciones privadas, en conferencias, he hablado hasta la saciedad de mi obra, ¿por qué, pues, no hacerlo ahora?

«Onades sobre una roca deserta», de Terenci Moix, y mis «Difunts sota els ametllers en flor» han sido —estadísticas cantan— probablemente las dos novelas catalanas más vendidas y comentadas del bienio pasado. Me guardaré mucho de decir que han sido las mejores: dentro de cien años, cuando estemos ya todos calvos, los dioses decidirán. Cerca de diez mil ejemplares de cada una de ellas adquiridos por el público, amén de haber iniciado la rueda de las traducciones, son una prueba de la curiosidad que despertaron en su día y continúan manteniendo, con el añadido de que el premio fue para Terenci Moix la catapulta que le ha permitido desplegar una eficaz y funambulesca campaña autopropagandística que ha posibilitado a gran escala su carrera de escritor, de excelente escritor que dará magnífica guerra (mi caso fue diferente, pues el premio me cogió con un relativamente considerable número de libros ya publicados).

«Onades sobre una roca deserta» y «Difunts sota els ametllers en flor» han tenido una crítica generalmente favorable, han levantado polémicas sobre el hecho narrativo y han cosechado algunos feroces ataques. Pero lo importante, en definitiva, se ha conseguido: contribuir al despeje de nuevos caminos novelísticos. O a señalarlos, como se quiera. El libro de Moix es una novela que se hace deshaciéndose, o viceversa, a través de una ficción literaria llena de recovecos, sugerencias y briznas. «Difunts sota els ametllers en flor» busca su unidad al margen del argumento clásico, apoyándose en una idea de plenitud de cada instante de la aventura de la vida, basculando entre la tragedia y lo grotesco. Las dos novelas han visto refrendado su propósito al ser escogidas —junto con «Totes les bèsties de càrrega», de Pedrolo, y «Prohibida l'evasió», de Artis-Gener, dos escritores de la generación madura— por Joaquim Molas para dictar en

la Universidad Autónoma un seminario sobre nuevas formas en la novela catalana.

Desde este punto de vista, hogaño el Premio Josep Pla ha sido incluso más fructífero que en sus dos anteriores ediciones: tres de las cuatro obras clasificadas en los primeros puestos o son un relato testimonial —como ocurre con «Testament a Praga»— o resultan novelas de tangencial adscripción al género —«Underground», «Bernat de Lluelles»—. Solamente la situada en tercer lugar, «Un dia de maig», sigue la vía tradicional, la cual abunda, no obstante, entre el resto de concursantes, mezclada con biografías y memorias especialmente, y todo dentro de una calidad media apreciable, si descontamos lo atroz de algunos originales y el nivel realmente bueno o notable de las cuatro obras ya mencionadas, así como las virtudes de «Tripulants d'una nau perduda», de Jaume Picas, y «Els llulso», de Jordi Coca, que entraron también en votación y que merecerían verse editadas.

«Testament a Praga» es un libro ambicioso, tan enraizado en nuestra historia como nacido de la dramática actualidad internacional. Su autora —en rigor, el libro es de Teresa P. Bertrán, aunque a su nombre añade el de su padre—, exiliada residente en París, catalana, vivió en su juventud la guerra civil y militó al lado de la República. Su padre fue en Balaguer, a partir de los inicios del siglo, un activista de la lucha social que acabó afiliándose al partido comunista, dentro del cual, y con un determinado relieve local, luchó igualmente durante la contienda. El padre y la hija —y otros hijos— huyeron cuando cayó Cataluña y después de una serie de vicisitudes se instalaron en Praga. Pàmies, el padre, trabajó hasta su muerte de jardinero. Dejó unas memorias escuetas, ingenuas y veraces. La hija las incluye en su libro, en capítulos que alternan con otros debidos a ella, de mucho más vuelo literario, donde a la par narra los últimos años del viejo Pàmies, su temple de luchador, sus nostalgias, su pequeño mundo de soledad y recuerdos y convicciones, examina la Cataluña actual y se plantea, con angustiado y positivo revisionismo, la problemática del comunismo a partir de la invasión de Praga por los rusos en 1968.

«Testament a Praga» es un testimonio del pasado y del presente, a ratos de penetrante sencillez poética, de dos personas —padre e hija— que se enfrentaron, se enfrenta ella aún, con el mundo, desde la óptica de una ideología que para ellos equivalía a la revolución y a la justicia social. Pero una ideología que se nutría tanto de los esquemas previos, cuanto de una fe en la libertad y en la creación estrictamente humanas: de ahí que Teresa P. Bertrán desapruebe, con patética entereza, la invasión de Checoslovaquia, el imperialismo opresor de la URSS, y levante la bandera del antiguo luchador antidogmático que fue su padre. La figura del cual, así como las referencias que hace a hechos y personas de ayer y de hoy, suscitarán, creo, ramalazos polémicos. Sean bienvenidos: si queremos hacer verdaderamente un país, será conociéndonos y dialogando.

«Underground», de Guillem Viladot, se halla formalmente en el

polo opuesto de «Testament a Praga»: es una novela totalmente experimentalista. Aunque ambos tengan un fondo común: la preocupación por lo que de aniquiladora del hombre tiene la época, pues «Underground» relata en una veloz sucesión de planos temporales, geográficos, temáticos, la destrucción «manu militari» de un ser también en malabar trasmutación en otros seres. Es una alucinada escenificación abstracta de los concretísimos grandes desastres sociales, políticos, bélicos, que han asolado la época, hecha con un estilo y una técnica de fría perfección.

Al margen de sus valores estrictos, importa como aportación vanguardista a la literatura catalana. El libro de Guillem Viladot, aunque tenga uno de sus dígitos ejes argumentales en su tierra leridana —fue también de Llérida el finalista del año pasado, Josep Vallverdú, con un bello libro, «Proses de Ponent», recién editado—, podría haber sido escrito en París o en Nueva York. No creo que su «internacionalización» cuente con precedentes en nuestra actual novelística.

«Un dia de maig», de Llorenç Capellà, se inscribe en la corriente del realismo que bucea en la circunstancia personal y ambiental para recrear la propia identidad: un niño, en Palma, asiste a la muerte de su padre —el cual a su vez recuerda la amargura de la guerra civil, la pérdida de sus ilusiones— y comiienza, después, a tantear el mundo entrando a trabajar en un hotel. Su autor, mallorquín, que todavía no ha cumplido los veinticinco años, se revela como un narrador seguro, lingüísticamente bien dotado.

«Bernat de Lluelles» es como la reconstrucción de una vieja, recamada túnica. Su autor, Ramon Vallvé d'Avilés, ha montado un divertido «pastiche» de literatura medieval, bajo la advocación de Boccaccio, que cuenta las tribulaciones eróticas y económicas de un noble y su pequeña y agitada corte, en el Rosellón del siglo XIV.

Estos libros prueban, a mi entender, lo que algunas voces han venido sosteniendo últimamente: que esta crisis de la literatura catalana que tantos comentarios ha suscitado es sólo una crisis editorial, quiero decir de público. Por tanto, una consecuencia de la crisis de fondo que venimos padeciendo desde hace treinta años, porque el crecimiento editorial de los años sesenta, ilimitadamente optimista, fue cortado debido a que el público lector no creció en la misma medida: no creció porque, al no haber enseñanza ni medios de comunicación de masas en catalán, era imposible el súbito surgimiento de un público masivo. Insisto: fue el peso de la crisis de fondo lo que actuó, ya que en 1971 existen muchos más lectores de catalán que en 1960 y que en 1950. Por lo demás, el plantel de obras finalistas del Premio Josep Pla prueba que la calidad y la diversidad de nuestros escritores se mantienen por encima de las temporales erupciones de la crisis latente.

Como se han mantenido Josep Pla y su literatura: está a punto de salir el volumen XVIII de sus Obras Completas, que reúne tanto textos inéditos como editados, a la par que los nuevos papeles que va escribiendo, en su «mas» ampurdanesa, bajo la ancha y ennegrecida campana de la chimenea.

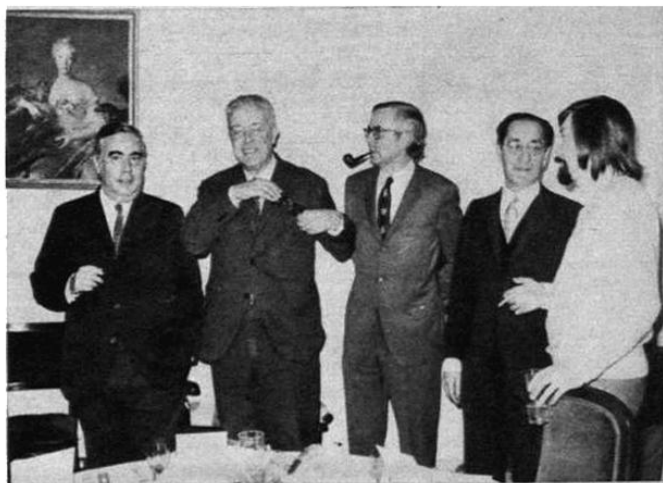
Don Eduardo Tarragona, la señora de Montaña y don Enrique Rosselló.

Don Manuel Jiménez de Parga, la señora de Arozamena.



Julio Manegat, Javier Comín y Gerenci Moix, ganador del Premi Josep Pla 1968.

Don Esteban Bassols, director general de Promoción de Turismo.



El jurado del Premi Josep Pla: Joan Peruchó, Maurici Serrahima, Josep Maria Espinàs, Joan Teixidor y Baltasar Porcel.

VEREDICTE DEL PREMI JOSEP PLA 1970

S'ha constituït, a l'Hotel Ritz de Barcelona, el Jurat designat per a atorgar el Premi Josep Pla 1970, format per Josep M. Espinàs, Joan Peruchó, Maurici Serrahima, Joan Teixidor i Baltasar Porcel, secretari.

A les onze de la nit del dia sis de gener de 1971, i després d'un canvi d'impressions sobre les 20 obres presentades al concurs, es pren l'acord de començar les votacions que fixen les bases.

PRIMERA VOTACIO

La primera votació dona el resultat següent:

«Bernat de Lluelles», de Ramon Vallvé d'Avilés, cinc vots; «Els Lluïsos», de Jordi Coca, tres vots; «Testament a Praga», de Tomàs i Teresa Pàmies, cinc vots; «Tripulants d'una nau perduda», de Jaume Picas, dos vots; «Un dia de maig», de Llorenç Capellà, cinc vots; «Underground», de Guillem Viladot, cinc vots.

Passen, doncs, a la segona votació les obres següents: «Bernat de Lluelles», «Els Lluïsos», «Testament a Praga», «Un dia de maig», «Underground».

SEGONA VOTACIO

La segona votació dona aquest resultat:

«Bernat de Lluelles», de Ramon Vallvé d'Avilés, cinc vots; «Els Lluïsos», de Jordi Coca, un vot; «Testament a Praga», de Tomàs i Teresa Pàmies, cinc vots; «Un dia de maig», de Llorenç Capellà, quatre vots; «Underground», de Guillem Viladot, cinc vots.

Es elimina l'obra «Els Lluïsos», i passen a la tercera votació les obres: «Bernat de Lluelles», «Testament a Praga», «Un dia de maig», «Underground».

TERCERA VOTACIO

La tercera votació dona el següent resultat:

«Bernat de Lluelles», de Ramon Vallvé d'Avilés, un vot; «Testament a Praga», de Tomàs i Teresa Pàmies, cinc vots; «Un dia de maig», de Llorenç Capellà, quatre vots; «Underground», de Guillem Viladot, cinc vots.

Es, doncs, eliminada l'obra «Bernat de Lluelles», i passen a la quarta votació les obres: «Testament a Praga», «Un dia de maig», «Underground».

QUARTA VOTACIO

La quarta votació dona aquest resultat:

«Testament a Praga», de Tomàs i Teresa Pàmies, cinc vots; «Un dia de maig», de Llorenç Capellà, dos vots; «Underground», de Guillem Viladot, tres vots.

Es elimina l'obra «Un dia de maig», i passen a la cinquena i última votació les obres: «Testament a Praga», «Underground».

CINQUENA I DARRERA VOTACIO

Feta la cinquena i darrera votació, el resultat obtingut és el següent: «Testament a Praga», de Tomàs i Teresa Pàmies, quatre vots; «Underground», de Guillem Viladot, un vot.

Queda, doncs, proclamada guanyadora del Premi Josep Pla 1970 l'obra «Testament a Praga», de Tomàs i Teresa Pàmies.

Barcelona, sis de gener de 1971. Signat: Josep M. Espinàs, Joan Peruchó, Maurici Serrahima, Joan Teixidor i Baltasar Porcel.